

Pedro Garcia

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 pesetas

Fuera 0'45 .

Número suelto 0'05 .

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

LA SIEMBRA DE AYER

I

Está visto que el trabajo de mis últimos años en esta encarnación, es servir de intermediaria entre los que sufren y los espíritus, porque no pasa día que no reciba cartas de lejanos países, en las cuales me cuentan sus penas muchos desgraciados.

No á todos puedo atender, porque necesitaría varios médiums para que éstos me pusieran en relación con diferentes espíritus, ni todos los que me cuentan sus penas son verdaderamente infortunados; hay dolores soportables; hay contrariedades que se pueden sufrir, y aunque á cada uno su pena le parece la más grande, yo tengo en tanta consideración la comunicación ultraterrena, que cuando me dirijo á un espíritu, no es para satisfacer fúvolas curiosidades ni antojos de neurasténicos; el dolor verdadero, el sufrimiento irresistible, se deja comprender enseguida: no es necesario una larga relación, basta una línea, una palabra, á veces una sílaba. Dice un antiguo refrán que el amor y el dinero no pueden estar ocultos; y yo digo que ni el dolor tampoco: por eso, no he titubeado en preguntar á un espíritu sobre el pasado de un infeliz que, desde muy lejos, (desde Méjico) me dice así:

II

«Aunque no tengo el honor de conocer á usted personalmente, sin embargo, me perdonará que me tome la libertad de dirigirle la presente, á ver si lo es posible prestarle algún consuelo.

Soy un pobre sér abatido y perseguido cruelmente, sin un momento de reposo. Desde mi niñez, soy atormentado por espíritus

rebeldes que viven en el espacio. En usted deposito toda mi confianza y la esperanza de realizar mis deseos, pues quisiera que en la primera oportunidad que se le presentase, preguntara á su gafa el por qué soy víctima de mis incansables perseguidores. Yo siempre ruego por ellos, les hablo, les amonesto, les hago reflexiones, pero, ¡ay! todo es inútil, y yo quisiera saber mi historia de ayer, no por curiosidad, no, sino por adquirir conocimientos y resistir mejor este asedio espiritual, luchando con valentía para hacer frente á tantos enemigos.

Me persiguen moralmente y físicamente; no pongo mano en un negocio que no salga perdiendo y temo dejar á mis cuatro hijos en la miseria y á mi infelz esposa, que es víctima de mi infortunio, porque mis ideas cambian más que el movimiento de una veleta, y una fuerza poderosa juega con mi débil y antojadiza voluntad. ¿Estoy loco? ¿estoy cuerdo? no lo sé; sólo sé que sufro extraordinariamente y que hago padecer á mis pobres hijos y á mi esposa, de tal modo, que en mi casa no hay una hora de sosiego ni de tranquilidad. ¡Dios mío, si ayer pequé, ten misericordia de mí! No desoiga mi ruego, anhelo conocer mi pasado para resignarme con mi presente».

Al leer las líneas anteriores, sentí angustia; parecía que aquel papel quemaba mis manos; comprendí que aquella carta estaba escrita con la tinta de las lágrimas y la pluma de la desesperación, desesperación contenida por el dolor mismo, por el temor, por el miedo á una nueva tribulación, y en cuanto pude pregunté á un espíritu, que me contestó lo siguiente:

III

«Has tenido clara intuición creyendo que ese desgraciado que te cuenta sus cuitas es un mártir de sí mismo.

No te has engañado, no; ese infelz cuenta las horas de su vida, por violentas punzadas que siente en su corazón. Dile que en su anterior existencia perteneció á una orden religiosa poderosísima, en la cual todos sus miembros eran hombres de gran talento y de vasta ilustración; su trabajo principal estaba concretado al confesionario y á visitar á los enfermos, fueran éstos ricos, nobles ó plebeyos. Tenían fama de consolar á los más tristes y de convertir á los herejes; entre ellos descollaban unos cuantos que les llamaban *los padres agonizantes*, pues se pasaban su vida auxiliando á los moribundos, y entre todos ellos estaba en primera línea el Padre Fidel, que tenía una gracia especial para conseguir de los enfermos el cambio de sus testamentos, y lo hacía con un sigilio, con una cautela tan especial, era tal su maña y sutileza, tomaba tantas precauciones para conseguir su objeto, se hacía querer de tal modo por el enfermo y su familia, y obraba tan secretamente, consiguiendo plazos más ó menos largos para la lectura del testa-

mento, que éste no se leía hasta después de verificarse el entierro y pasar el novenario de ánimas, que á todos los que morían en su poder, les dedicaba nueve días de misas y responsos; y cuando la iglesia terminaba sus actos religiosos, entonces se leía el testamento y se encontraban en la calle los dueños, los poseedores de palacios y tierras de cultivo; y todavía, por mucho favor, como una obra de caridad, les dejaban vivir á los desheredados más ó menos tiempo en la morada donde nacieron, la iglesia los *amparaba* después de haberlos despojado de cuanto poseían; y el Padre Fidel llegó á tener tal habilidad para adquirir inmensos tesoros, dejando sin abrigo á innumerables huérfanos y á desoladas viudas, que llegó á ser el jefe supremo de su orden, y por él los Padres Agonizantes fueron admitidos en todos los palacios, porque ellos aseguraban que tenían en su poder las llaves del cielo, y que para entrar en la celeste morada, bien podían sacrificarse por el difunto los que le debían la vida, y era tanto el fanatismo y la ignorancia que imperaba en aquella época, que se cometían los mayores crímenes, sin temor á la justicia humana.

El Padre Fidel murió de viejo, y en su larga vida cometió tantos robos, dejó á tantos niños sin pan, y á tantas mujeres sin medio de vida, que los espíritus de aquellos desheredados juraron un odio eterno al que les despojó de sus bienes, y al llegar al espacio no se entibió su odio, al contrario: creció; y si todos los seres despojados por él le hubiesen roado, hubiera muerto carbonizado, que el odio es fuego, fuego que no se acaba, que no se estingue. Afortunadamente, muchas de sus víctimas le han perdonado, pero quedan aún un gran número y esas no le dejan; por eso ese infelíz vive tan mal, y para conseguir algunas horas de reposo, tiene que partir su pan con el hambriento y darle al desnudo la mitad de su capa; tiene que dar hospitalidad al peregrino, dándole el mejor sitio en su mesa; tiene que pedir á sus víctimas de ayer, clemencia y perdón; tiene que reconocer sus yerros, practicando el bien por el bien mismo; tiene que devolver una parte de lo mucho que ha hurtado, cuando la farsa religiosa le dió poderes para despojar á niños inocentes y á mujeres crédulas y fanatizadas.

Hé aquí el ayer de ese infelíz que hoy no vive ni sosiega, y eso que no le persiguen ni la mitad de sus víctimas, pero el odio es fuego, y el fuego quema.

Desgraciados de aquellos que al dejar la tierra, una legión de enemigos les persigue y escuchan esas maldiciones que atraen á otros espíritus rebeldes que se asocian para hacer el mal, y entre todos producen la más horrorosa de las tempestades.

Mucho más te diría, pero basta por hoy. Adios».

IV

Por algo me quemaba la carta de este infelz que me pedía consuelo, luz y verdad. Consuelo, él sólo podrá proporcionárselo haciendo buenas obras, en ellas encontrará luz que iluminará su conciencia y verdad que le descorrerá el velo de su pasado y le hará ver que sin caridad no hay salvación, que sin justicia no se entra en el reino de Dios.

Amalia Domingo Selser

EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA

El Espiritismo, como ciencia integral que es, ama la ciencia como luz que alumbra á las almas, y sigue su desenvolvimiento con la atención necesaria para formar juicio cierto.

De aquí que sus bases fundamentales, las someta al criterio de la ciencia moderna y no asiente su edificio, sino despues de estar confirmadas experimentalmente, positivamente.

El Espiritismo siempre ha buscado la ciencia como á la gran auxiliadora de sus asertos, por eso jamás ha desdenado teoría ni hecho científico alguno, sino que desde el más insignificante experimento hasta la teoría más completa, todo lo ha estudiado y meditado para enriquecer sus concepciones, tanto fisiológicas como psicológicas y teológicas.

La Ciencia, para nosotros, es necesaria; pues sin ella, creemos que el espíritu es una monada espiritual inconsciente, inactiva, ciega, que vive en medio de la luz sin verla, en el seno del movimiento sin andar ni un solo paso, rodeada de la verdad sin saber nada, ni siquiera que vive. Alma sin ciencia es alma impía, atea. La vida del espíritu no es más que ciencia: ciencia que alumbra la inteligencia, ciencia que despierta el pensamiento, ciencia que centuplica y desenvuelve su voluntad.

Donde quiera que mire el alma, allí la vé, soberana, luminosa, atrayente, ofreciendo sus brazos para llenar de paz y felicidad el espíritu que en su busca vaya. Nuestra grandeza sólo es por la cantidad de ciencia que hayamos atesorado. Por ella, sondeamos la vida que se ofrece á distancias insondables, y *llecamos* nuestro yo á lugares que distan de nosotros, billones y billones de órbitas terrestres; por ella, contemplamos formas de la materia que no alcanzan á medir una tresecienta millonésima parte de un milímetro lineal;

por ella amamos los seres y las cosas y les damos cuanto poseemos; por ella se mueve el espíritu y no descansa sino para ver la ciencia que hay en su obra de vida.

¡Qué hermoso llegar, guiados por la ciencia, á esas regiones de la especulación sana, cimentada por la observación y experiencia, donde se contemplan las grandes, sublimes y religiosas síntesis científicas! Entonces el alma se siente mas amorosa, mas tierna, mas pura y es capaz de besar en su solo beso á la creación entera. Y cerrando los ojos del cuerpo, abre el hombre los de su espíritu y vé al universo formando un todo armónico, lleno de belleza, bondad, inteligencia y amor. Vé á lo que llamamos materia ponderable, no como algo pasivo, sino como un centro de actividad, como una condensación de energía que jamás está en reposo, que siempre está cambiando. Vé á la fuerza ó energía dominándolo todo con el soplo eterno de su actividad, y á su voz surgir mundos del éter espacial, formarse esas agrupaciones de centros de fuerza, llamados *iones* y *electrones*, que componen la estructura material de seres y cosas, y que en su continuo mover y vibrar dan origen á todos los fenómenos que componen la naturaleza. Vé que la vida no es más que transformación que se opera en el modo de estar de la substancia etérea y concentración de estos estados en la consciencia psíquica. Vé que todo se ama, y piensa que todo el universo no es más que las infinitas manifestaciones del infinito Amor.

Adquirir ciencia es desenvolver las facultades del espíritu, es vivir la vida eterna del alma, es desarrollar la voluntad con la fuerza del saber y es emanciparse de los opresores lazos de la ignorancia.

El Espiritismo llama con acentos de cariño á los hombres al divino ejercicio de la sabiduría, les induce á que gasten sus horas de ocio infecundo en atesorar la riqueza perdurable de la ciencia, y les exhorta á que eleven su alma á Dios, grabando en su mente las verdades incrustadas en leyes eternas en el templo único é insuperable de la Creación.

El Espiritismo hace ver al hombre que lo transitorio de los fenómenos naturales, la mutabilidad de cosas y seres, obligan al espíritu á no reposar ni un momento, naciendo de ello el desenvolvimiento de su actividad, de su energía, el trabajo continuo. La transformación de la naturaleza, la inestabilidad de la creación engendra la ley del trabajo, la perfección ilimitada.

¿Hasta cuando estudiará el espíritu la ciencia; cuando agotará la sabiduría? Jamás. Lo ilimitado, lo absoluto de la ciencia origina el deseo, la actividad, la vida del alma.

Estudiemos, aprendamos ciencia si queremos vivir.

Un Neófito.

NO MATARÁS

¡Despierta humanidad! ¡Despierta de tu sueño de ferocidad y de crueldad!

¡Basta de sangre humana, vertida por el hombre mismo!

¡Todos somos hermanos!

Esas enseñanzas que palpitan entre nosotros desde hace diecinueve siglos, como una confirmación del quinto mandamiento del Décalogo, ó sea de la Ley de Dios, ¿Qué efecto han surtido en nuestros corazones? ¿Cuál ha sido el resultado de las mismas, para nuestras sociedades que se llaman cristianas y civilizadas?

Veámoslo:

La lucha entronizada en todo nuestro globo. El odio armando las manos humanas contra los pechos de sus mismos hermanos. La sangre corriendo á torrentes en esas terribles hecatombes que se llaman guerras. Las mismas naciones, hijas del cristianismo, destrozándose unas á otras, sin preocuparse en lo más mínimo de las pacíficas excitaciones del *amaos unos á otros* y del *no matarás*.

Tal es la falsísima enseñanza que cada nación dá de por sí en las escuelas á los niños, sobre el concepto de pátria, que ante ese concepto, se borra la prohibición de *matar*, hecha por el quinto mandamiento.

No puede ser más extraño lo que en esto ocurre. Los niños educados religiosamente por el catecismo, aprenden allí que Dios prohíbe terminantemente al hombre de quitar la vida á sus semejantes. Llegan á adultos esos niños, tienen veinte años, se les llama á servir, y hé aquí que se les conduce á un regimiento en el que se les dá las *mejores armas*, es decir, las peores, las más mortíferas, para que con ellas defiendan á su país, matando el mayor número posible de enemigos.

Es más. Ven aquellos jóvenes, que los mismos sacerdotes de su religión, que les han enseñado el catecismo y los mandamientos, entre los que figuran el *no matarás*, bendicen las banderas de sus regimientos, las armas que han recibido y hasta á ellos mismos, cuando llega la hora fatal de ir á emplear esas armas fratricidas contra los habitantes de otra nación.

¿Qué apreciación tendrán en sus corazones, sobre el cristianismo de su religión, que habiendo recibido de Jesús, del divino Maestro, una misión gloriosa de amor y de paz, autoriza con la presencia de la misma cruz y con sus bendiciones, las matanzas y el exterminio, y á menudo los provoca? ¿Qué concepto quedará en aquellas inteligencias sobre el quinto mandamiento de la Ley de Dios? Creerán que la prohibición de matar no reza para los habi-

tantes de otras regiones, y que el sentimiento de amor que partió del dulce Galileo, para extenderse á todos, sin distinción, con su «Amaos los unos á los otros», sólo se refiere á los hombres de su propio país.

¡Enseñanza fatal! ¡Cuánto mal has hecho y estas haciendo á nuestra pobre humanidad!

La Ley Suprema, del Sumo Legislador, es clara; no es como las leyes humanas que necesitan reglamentarse para su cumplimiento.

Estas dos palabras: «No matarás», lo dicen todo, prohíben terminantemente el homicidio, porque como también es Ley natural el amor y la armonía, y á la constitución de la familia universal, han de llegar todos los seres sin distinción; claro es que verter la sangre humana es siempre para el hombre un crimen abominable, un fratricida que nada puede autorizar ni justificar.

Es preciso elevar el concepto de patria en todas partes, enseñando á los niños en las escuelas y en el hogar, que la gran patria suya es la Humanidad. Es necesario hacerles considerar que, más allá de las fronteras en las que la política ha encerrado al país en el que han nacido, el hombre nace, vive y muere como en su tierra; que el dolor, la lucha y los amargos sufrimientos son patrimonio de todos, y que todos los seres que habitan el planeta son sus hermanos. Es menester educarlos en la grandiosa idea de que Dios es el Padre de todos, y que á todos, á absolutamente todos, les cubre la Majestuosa protección Providencial, contenida en la prohibición de la Ley en su quinto mandamiento, y que á todos alcanza igualmente, la ardiente prescripción amorosa del Maestro Evangélico.

¡Ah, religiones positivas! ¡Qué error es el vuestro!

¡El sacerdote bendiciendo los regimientos que se preparan para la pelea! ¡El sacerdote autorizando con su presencia el cadalso! ¡El sacerdote cristiano luchando contra sus semejantes! ¡Qué aberración! ¡Qué contrasentido! «Tomad mi yugo sobre vosotros, ha dicho el Maestro, y sabed que yo soy manso y humilde de corazón». ¿Dónde está vuestra mansedumbre, dónde vuestra humildad y vuestro cristianismo?

Vosotros que os preciáis de ser los guardadores de la Ley, ¿qué habéis hecho con el «No matarás?»

¡Qué consecuencias más terribles ha sacado la humanidad del error en el que la habeis mantenido á través de los siglos!

Pero, ya ha sonado la hora del despertar; ya ha llegado para ella el momento de salir de ese letargo, que la ha hecho vivir diecinueve siglos entre oleadas de sangre. Ya empieza á sentir el corazón humano. Ideas levantadas, generosas y sublimes, esparcidas por todas partes, le enseñan la verdad, le hacen ver la Luz y comprender que ha vivido aherrojado por la mentira y por el dog-

ma, hasta el presente. Comienza á sentir los sufrimientos ajenos, á participar de los dolores de todos; el dulce nombre de hermano atraviesa las fronteras, destruyéndolas moralmente y uniendo los corazones para siempre, la aurora de la paz y de la fraternidad universal en este pobre mundo luce ya sobre nuestro horizonte.

¡Ah! ¡Bendito sea Dios, á quien debemos ese ambiente de amor, de libertad y de progreso, que nos permitirá levantarnos de nuestra abyección y dirigirnos todos los humanos, unidos en un estrecho y fraternal abrazo, hácia Aquél que es nuestro Principio y nuestro Fin, nuestra Luz y nuestra Vida!

Con el cumplimiento de la Ley suprema en todos sus aspectos morales, empezará para la humanidad una era de Justicia y de Amor, que la conducirá á siempre mayor suma de felicidad, cuanto mayor sea el progreso general que en ella se realice.

El Espiritismo, con sus ideas redentoras de fraternidad, de solidaridad, de abnegación y de amor universales, como lo dice Balmes, desde el espacio, es el llamado á derramar la luz de la verdad sobre todos, á conducir á los hombres al cumplimiento exacto de la Ley de Dios, y á activar el advenimiento entre ellos, del sublime reinado de Cristo, es decir, del Amor.

Cuando la salvadora doctrina espírita haya penetrado en los corazones, serán ya imposibles las guerras en nuestra tierra, porque ningún ser humano querrá hacerse responsable de verter sobre ella ni una sola gota de sangre humana, habiéndose por fin impuesto á nuestra ferocidad y á nuestra crueldad, el «Amaos unos á otros» y el «No matarás».

DIOS

«P. — ¿Debemos amar á Dios?

R. — Sí, con todas las fuerzas de nuestra alma.

P. — ¿Por qué?

R. — Porque Él nos ama á todos con un amor sin igual.

P. — ¿Qué haremos para mostrar que amamos á Dios?

R. — 1.º Elevar nuestra alma hácia Él por la oración.

2.º Poner toda nuestra confianza en su justicia y en su bondad.

3.º Amar, respetar á nuestros padres y seguir sus buenos consejos.

4.º Amar al prójimo, perdonarlo siempre y volverle bien por mal.

5.º Ser caritativo, es decir, aliviar y consolar á los que sufren, y hacer á los desgraciados todo el bien que podamos».

(De la obra «Lecciones de Espiritismo» por A. Bonnefont).